

PRÓLOGO

La autora solicita que nos pronunciemos de alguna manera sobre su libro, y aunque ya lo hicimos académicamente en su día, como Co-Directoras de la Tesis Doctoral "*Las Representaciones Sociales y la Construcción de nuevos papeles para las mujeres en el medio rural*", defendida en la Universidad de Valladolid, y por la que obtuvo el premio extraordinario de doctorado, esta vez nos da la oportunidad de dirigirnos, a través de esta publicación, a las y los profesionales que comparten la inquietud de indagar acerca de la construcción social de las identidades de género, con el objetivo de *rescribir* una psicología que elimine los sesgos y estereotipos, que desde sus comienzos han estado presentes en la disciplina.

A lo largo de este trabajo de investigación Fátima Cruz se interesa en conocer y comprender en profundidad los cambios en la construcción de las *identidades sociales* de las mujeres rurales con relación a su propio hábitat; el trabajo doméstico versus el productivo; las expectativas futuras en cuanto a su propio desarrollo vital y el de sus hijas e hijos. Además de intentar *cambiar y transformar* una realidad concreta como es la situación de las mujeres de la montaña palentina, una zona agrícola-ganadera con grandes problemas de despoblación y escasa industria, la autora *se implica e implica* al grupo de mujeres entrevistadas, lo que permitirá ir configurando una *multiplicidad* de perspectivas y de voces (*polifonías* en palabras de Mijail Bajtin), que van más allá del discurso unívoco y objetivo en el que se quiere encorsetar a la investigación social.

Las representaciones sociales son procesos simbólicos que se (re)producen a través de las relaciones que las personas efectúan con su grupo social, las emociones y los procesos cognitivos, permitiendo de esa manera interpretar la realidad cotidiana y tomar decisiones conformes a dicha interpretación. Procesos simbólicos que refuerzan la construcción de entidades diferenciadas a partir de los grupos de pertenencia, como son, entre otros, la raza, la clase social o el sexo. Por lo que respecta a la construcción de entidades diferenciadas por el sexo, los varones han ocupado el espacio de los iguales y han visto reconocida la individualidad como sujetos, mientras que el espacio de las mujeres, *las idénticas* en palabras de Celia Amorós, han estado apartadas en ámbitos privados, no públicos, donde es difícil ejercer cualquier poder e influencia. Actualmente

esos espacios están desdibujados, y cada vez menos perfilados, lo que dificulta el reconocimiento de la discriminación y por consiguiente las estrategias para salir de la misma.

Las mujeres rurales arrastran una larga discriminación no solamente como mujeres, sino también por su especial subordinación dentro de la organización del trabajo agrícola y ganadero, sobre todo a raíz de la mecanización que disocia el espacio de lo productivo de lo reproductivo de manera jerarquizada y asimétrica, como señala Rosario Sampedro.

A pesar de la escasa consideración social y la supuesta no participación en las tareas agrarias y ganaderas, las mujeres rurales han estado presentes junto a los varones en la producción, sin haber dejado de ser la esposa, la madre o la hermana de agricultor. La supuesta separación de esferas no es tal, puesto que el ámbito de lo doméstico se alarga cual jornada interminable en la participación de las mujeres en tareas cotidianas, que permiten el sustento familiar (huerto, animales domésticos, etc.) y en tareas más puntuales (cosecha, vendimia).

Trabajos como los de Díaz Méndez y Díaz Martínez ponen de manifiesto cómo las madres con identidades tradicionales han intentado a través de estrategias educativas alejar a sus hijas del medio rural en un viaje sin retorno, dando lugar al fenómeno de la soltería en los varones y como comenta la autora de este trabajo "*Se han marchado las hijas, pero a la vez las futuras nueras. El relevo en el medio generacional rural hoy en día es ya inviable*".

Las mujeres que forman parte de la muestra de esta investigación se debaten entre *modelos tradicionales*, con doble presencia (en el campo siempre ha sido así, ya que se han ocupado de la casa, del huerto y de los animales para la subsistencia doméstica); añorando, en algunos casos la ciudad, pero en otros, buscando estrategias de *resistencia* como contestación a la discriminación. La cuestión es cómo pasar de esas resistencias o transgresiones *individuales* a la creación de modelos de referencia (*genealogías femeninas*) que ayuden a las jóvenes generaciones de mujeres rurales a desarrollar *identidades no fragmentadas*, sin tener que emigrar a la ciudad.

Algunas de las estrategias laborales de resistencia adoptadas han sido, entre otras, *la adquisición de la titularidad* de la explotación agrícola-ganadera, a pesar de las barreras administrativas, sociales y familiares que se presentan, aunque no es la opción más común. Las identidades de madre, compañera y ganadera, de alguna de las entrevistadas, presentan un alto

grado de *fragmentación*, fruto de la situación de crisis en la que ellas mismas se encuentran, lo que en muchos casos les impide articular un discurso claro y con posibilidades reales de emancipación.

Más demandadas son aquellas actividades profesionales relacionadas con el ocio y el tiempo libre (casas rurales, principalmente). Uno de los ámbitos de los nuevos yacimientos de empleo es el relacionado con los servicios de la vida diaria, que podría ser interesante para el desarrollo de artesanías agroalimentarias, la restauración, y pequeñas industrias. Aunque quizás más que nuevos yacimientos son prolongaciones de la división sexual del trabajo femenino, que se *rearticula* en consonancia con las actuales demandas de consumo. Con todo ello, no deja de ser positiva la incorporación a estas actividades, que implican una mejor conservación y cuidado del paisaje rural, a la vez que fuente de ingresos e independencia económica.

Así pues, las diferentes estrategias analizadas van a poner de relieve la importancia de la construcción de nuevas representaciones sociales que favorezcan una visión más valorada sobre el medio rural. Como podemos apreciar en las diferentes entrevistas, la valoración comienza por cuestionar el reparto sexual del trabajo, la consideración del propio trabajo, la necesidad de formación específica y la no comparación constante con la mujer urbana.

Por último, queremos poner de manifiesto que esta investigación es una muestra de saber conjuntar esfuerzos de investigación que vienen de la Academia, y se hacen realidad en la Comunidad, en una doble dirección e interacción, puesto que la autora conoce de primera mano el entorno y las personas que han intervenido en los grupos de discusión y análisis.

De ese maridaje se beneficia el trabajo que presenta la profesora Fátima Cruz. Nuestra satisfacción profesional por encontrar esa combinación en esta obra es clara, y por ello, felicitamos a la autora por la empresa emprendida y felizmente acabada..., en espera de otras.

Carmen García Colmenares
Susana Lucas Mangas

Septiembre de 2006

